

LA CULTURA EUROPEA DE LOS CEMENTERIOS: PASADO Y PRESENTE

THE EUROPEAN CULTURE OF CEMETERIES: PAST AND PRESENT

Norbert Fischer *

Recibido: 05/08/2019 • Aceptado: 13/12/2019
Doi: <https://dx.doi.org/10.6018/rmu/389911>

Resumen

El artículo ofrece una visión general de la cultura del cementerio europeo desde la Edad Media y de los cambios que ha experimentado este lugar central de la memoria. Los dos primeros puntos tratan sobre el enterramiento en el interior de las iglesias en la Edad Moderna y la reubicación de los cementerios extramuros. El tercer punto describe el movimiento de los cementerios tipo parque en el siglo XIX. En la siguiente sección, se discute la cultura de la tumba burguesa de esta época. El punto cinco está dedicado a la cremación y se profundiza sobre el entierro de las cenizas. En el punto seis se examina la exterritorialización actual utilizando el ejemplo de los entierros naturales. Finalmente, el punto séptimo describe las nuevas tendencias en la cultura del cementerio.

Palabras Clave

Cementerio, tumba, cultura funeraria, incineración, entierro de cenizas, entierro natural, memoria.

Abstract

The article offers an overview of the culture of the European cemetery since the Middle Ages and the changes that this central place of memory has undergone. The first two points are about the burial inside of the churches in the Modern Age and the relocation of the cemeteries outside the walls. The third point describes the movement of park-type cemeteries in the 19th century. In the next section, the culture of the bourgeois tomb of this era is discussed. Point five is devoted to cremation and deals in depth with the burial of ashes. In point six the current exterritorialization is examined using the example of natural burials. Finally, the seventh point describes the new trends in cemetery culture.

Key words

Cemetery, grave, funeral culture, cremation, burial of ashes, natural burial, memory.

* Universidad de Hamburgo. Email: norbertfischer@t-online.de. El texto de este artículo se basa, si no hay otras indicaciones, en: N. Fischer (2001), *Geschichte des Todes in der Neuzeit*; y (1996), *Vom Gottesacker zum Krematorium. Eine sozialgeschichtliche der Friedhöfe seit dem 18. Jahrhundert*.

Traducción: Ana Ruiz Álvarez.

1. INTRODUCCIÓN

Durante siglos los cementerios han sido lugares fundamentales de la cultura del luto. Son el escenario de rituales en el lugar concreto del enterramiento. Además, tienen un alto significado simbólico, puesto que los cementerios son lugares de la memoria. La tumba comunicaba la identidad social incluso después de la muerte. Los monumentos funerarios, el cuidado y la ornamentación de las tumbas con elementos vegetales y las visitas se dan dentro de un marco establecido. Estas tradiciones presuponían que los parientes del difunto, es decir, la familia, solía mantener su residencia en el entorno durante varias generaciones.

Así pues, la cultura de los cementerios puede verse como un «paisaje inmaterial de la memoria» que da cuenta de los cambios culturales, sociales e históricos (Fischer, 2016). La cultura de los cementerios nos habla acerca de las tradiciones funerarias y del luto en distintas épocas: qué patrones se desarrollaban dentro de cada sociedad y qué relación guardaban con esta. La cultura de los cementerios preserva biografías, mentalidades, religiones y creencias, estructuras sociales, relaciones de género y, por último, las no menos importantes particularidades locales y regionales. Por ello, la cultura de los cementerios puede interpretarse como la historia de un espacio que con el tiempo ha sido reinterpretado una y otra vez en función del contexto histórico y social. Los cementerios se han convertido en una especie de tesoro oculto de la cultura y la sociedad.

Los cementerios y la cultura funeraria judíos desempeñaron un papel especial en la historia de los cementerios europeos. En este punto solo mencionaremos algunos datos clave sobre ellos: el lugar de enterramiento judío más importante de Europa es el antiguo cementerio de Praga (construido en la primera mitad del siglo XV). Mientras que los askenazis, es decir, los judíos de Europa Central, preferían colocar piedras erectas, los cementerios sefardíes de los judíos hispano-portugueses presentan tumbas con forma de arca. Como señal de recuerdo, se colocaban piedras sobre las lápidas. El número de piedras sobre la tumba indicaba la importancia del difunto. Aunque originalmente estos enterramientos se caracterizaban por las tumbas individuales, el «descanso eterno» y la ausencia de mantenimiento de las tumbas, desde el siglo XIX los cementerios judíos se amoldaron a los cristianos o comunales como consecuencia de la asimilación del judaísmo.¹

2. ENTRE EL CATOLICISMO Y EL PROTESTANTISMO: EL COMIENZO DE LA EDAD MODERNA HASTA 1800

Volviendo a las tradiciones cristianas, desde un punto de vista histórico, el término «cementerio» ha sido durante siglos un término genérico que aludía a un lugar

¹ Respecto a la historia de los cementerios judíos en Europa en general véase: *Jüdische Friedhöfe und Bestattungskultur in Europa: Internationale Fachtagung*. Berlin-Weißensee, 3-6 april 2011. Berlín 2011.

de enterramiento delimitado, ya fuese el espacio que rodea una iglesia o un cementerio extramuros. Hasta la Edad Moderna, la muerte y el entierro eran del dominio de la Iglesia.

Dado que la fe hizo digno de aprecio ser enterrado cerca de reliquias, la iglesia y el camposanto se convirtieron en el lugar clásico del entierro cristiano. La inhumación en la iglesia se consideraba un privilegio social. La parte del entorno de la iglesia que en la Edad Media se llamó *coemeterium* («lugar de descanso o de sueño») se convirtió en el lugar de enterramiento general para la población cristiana (Sörries, 2009, 47-100).

Al comienzo de la Edad Moderna, el camposanto cristiano pasó a configurar el cementerio moderno. En el siglo XVI, las críticas por cuestiones higiénicas a los abarrotados cementerios urbanos de las iglesias, por un lado, y el resurgimiento religioso y social de los movimientos reformistas; por otro, anunciaron –al menos en las ciudades– el fin gradual de los enterramientos en los cementerios de las iglesias. A partir de entonces se construyeron cementerios situados fuera de las ciudades, pero aún bajo la titularidad de la Iglesia. Como consecuencia de la Ilustración, la Reforma y el crecimiento de la población, los cementerios fueron reubicados de nuevo en los siglos XVIII y XIX (Koslowsky, 2001; Sieber, 2018).

Francia y Austria ofrecen algunos ejemplos importantes. Hacia mediados del siglo XVIII, en la capital francesa se criticaba el enterramiento en fosas comunes y se promovía la creación de tumbas individuales. Las críticas surgieron principalmente por el Cementerio de los Inocentes, situado dentro de la ciudad de París. Una décima parte de los parisinos difuntos estaban enterrados allí, lo que había derivado en unas condiciones higiénicas catastróficas. Una declaración real publicada en 1776 exigía la reubicación extramuros de los cementerios urbanos de todo el país que supusiesen un peligro para la salud y resultó además en la prohibición, en 1780, de todo enterramiento en el Cementerio de los Inocentes parisino (que fue posteriormente excavado en 1785-87). Los esfuerzos reformistas franceses concluyeron provisionalmente con el *Décret impérial sur les sépultures*, promulgado por Napoleón I en 1804. Por medio de la legislación de los territorios franceses ocupados, el decreto napoleónico repercutió directamente sobre otros Estados a principios del siglo XIX y causó una ola de traslados de cementerios, cuyo ejemplo más famoso fue el del Père Lachaise de París, fundado en 1804 y también conocido como el cementerio del este de París (Bauer, 2006).

En Austria, fue alrededor de 1800 cuando las reformas funerarias josefistas condujeron a limitaciones masivas en el sistema funerario eclesiástico por razones de higiene. El emperador José II, convertido en único regente en 1780 y conocido representante del absolutismo ilustrado por sus radicales políticas reformistas, decretó en los años siguientes, entre otras cosas, una prohibición sin excepciones de los entierros en las criptas y en los cementerios de las iglesias. Hasta entonces, las criptas subterráneas de las iglesias en Austria habían sido los lugares de enterramiento predilectos, y todavía hoy pueden visitarse, como la cripta vienesa de San Miguel, que alberga varios miles de muertos. Las reformas de José II prohibieron, entre otras cosas, los enterra-



Imagen 1. Cementerio St. Marx, Viena.

mientos dentro de las murallas de Viena o *Linienwall* (equiparable al actual «cinturón»), y se establecieron nuevos cementerios fuera de las mismas. El cementerio de San Marx, con su rica colección de lápidas de la época de Biedermeier, que aún hoy se conserva, ofrece un testimonio ilustrativo.

Las reformas funerarias josefistas, con sus intervenciones masivas sobre la supremacía de la Iglesia, pueden tildarse, sin exagerar, de revolucionarias en su enfoque. Sin embargo, no solo penetraron en la esfera tradicional del poder eclesiástico, sino que también buscaron liberar el entierro de la influencia de las «pompas fúnebres» barrocas y someterlo a criterios pragmático-higiénicos.

En cualquier caso, las reformas funerarias josefistas suscitaron el recelo y la resistencia de la población, en especial la orden de 1784 de enterrar a los muertos sin féretro. Las autoridades encargadas de su aplicación reaccionaron en parte con impotencia ante las nuevas disposiciones, de modo que la mayoría de las reformas fueron abolidas tras la muerte de José II (1790). Con todo, el carácter general de la política de reformas austriaca abrió nuevos horizontes en gran parte de Europa (Biedermann, 1978; Veigl, 2006; Gutkas, 1993; Polley, 1984).

También había sido común en la España del siglo XVIII enterrar a los muertos en iglesias. A finales del siglo XVIII comenzaron a construirse los primeros cementerios alejados del centro de las ciudades a medida que la situación de las iglesias se fue volviendo insostenible desde el punto de vista higiénico. En 1787 el rey Carlos III, que se consideraba a sí mismo un reformador ilustrado, promulgó un decreto que prohibía desde ese momento el entierro en las iglesias. Aunque este decreto contemplaba numerosas excepciones, fue difícil de aplicar por ir contra la tradición religiosa

y encontrar la oposición de las iglesias, que temían la pérdida de una importante fuente de ingresos. No fue hasta los últimos años del reinado de Carlos IV y sobre todo el reinado de José Bonaparte que hubo una transformación de la cultura funeraria. En cualquier caso, en torno a 1800, los cementerios en España se construían también más allá de los límites de las ciudades (Ponte Chamorro, 1985, 492ss).

3. EL PAISAJE NATURAL Y LA MUERTE: LA ERA DE LOS CEMENTERIOS-PARQUE

A lo largo del siglo XIX el ideal estético para la estructuración de los cementerios se orientó progresivamente hacia el estilo del jardín inglés. La concepción del jardín como paraíso terrenal, durante mucho tiempo arraigada en la historia de nuestra cultura, también contribuyó de forma decisiva. Y no hay que olvidar que la «belleza natural» de los cementerios-parque compensaría también la pérdida progresiva de la creencia cristiana en el más allá en una sociedad que tendía hacia la secularización.

El cementerio del Père Lachaise de París, construido en 1804 y que aquí nos sirve de modelo internacional, adoptó en la década de 1820, como muy tarde, el diseño paisajista característico del estilo inglés, que imitaba la naturaleza, una configuración que lo convirtió en atracción internacional para sus contemporáneos. Posteriormente el movimiento de los *rural cemeteries* o cementerios rurales procedente de EE.UU. dio un nuevo impulso a esta tendencia. A lo largo del siglo XIX surgieron en territorio angloamericano numerosos cementerios rurales como, por ejemplo, el cementerio Monte Auburn de Cambridge, Massachusetts (1831), el cementerio Laurel Hill de Filadelfia (1836), el cementerio Greenwood de Brooklyn, Nueva York (1838) y, en Gran Bretaña, el cementerio Little Ilford de Londres (1856) (Leisner, 2005).



Imagen 2. Cementerio parque de Ohlsdorf, Hamburgo.

De este modo, a lo largo del siglo XIX, en los cementerios de la época burguesa, el paisajismo artístico se percibió progresivamente como una tarea socialmente relevante. Los cementerios se convirtieron en lugares de paseo donde la piedad burguesa se expresaba a través de una estética natural de connotaciones románticas. El nuevo «atuendo» natural de los cementerios se correspondía con la idea burguesa de una muerte sublimada y liberada de sus horrores.

4. LA CULTURA DEL SEPULCRO EN LOS CEMENTERIOS EUROPEOS DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX

A lo largo del siglo XIX los cementerios municipales se habían convertido en un lugar de paseo. La estetización del paisaje de los cementerios europeos había alcanzado un auge provisional en los cementerios-parque, cuyo paisaje natural servía de telón de fondo para un culto al sepulcro cada vez más desbordante, sobre todo a finales del siglo XIX (Denk, 2007).

Con las tumbas se celebraba verdaderamente al individuo burgués: propietarios de fábricas, profesores, funcionarios públicos, todos querían que sus biografías quedaran inmortalizadas en sus lápidas. La imagen de la muerte no sólo tenía carga emocional, sino que también se personalizaba. Eran frecuentes los retratos de los difuntos, como por ejemplo relieves. Por lo demás, el estilo de las tumbas se diversificó cada vez más. En particular, el historicismo de finales del siglo XIX dio lugar a un florecimiento estilístico exuberante: las formas neobarrocas convivían con las neogóticas y neoclásicas. Hacia 1900 las tumbas se volvieron cada vez más monumentales. La culminación fue el culto al mausoleo: los mausoleos se consideraban formas de sepulcro particularmente aristocráticas: eran costosos y estaban reservados para una élite social reducida. Las tumbas del siglo XIX reflejaban así el patrimonio, la educación y el prestigio social en multitud de formas: la triunfante trayectoria de la burguesía que contribuyó a consolidar su identidad. El sociólogo Zygmunt Bauman ha comparado este proyecto con la figura del peregrino que se realiza a través de su decidida misión (Bauman, 1992, 249-253). Una vez concluida, se inmortalizaba en una ostentosa tumba. La tumba como mensaje para que la posteridad recordara y honrara los logros vitales dio lugar a una especie de inmortalidad secular.

El lenguaje simbólico también se volvió más diferenciado. A pesar de la tendencia hacia la secularización, la cruz cristiana tradicional seguía siendo uno de los símbolos más comunes y conocidos presentes en las tumbas. En ocasiones aparecía vinculada a otros motivos, como el del ancla, que, por detener los barcos durante la tormenta, es un símbolo de esperanza en el lenguaje simbólico cristiano a menudo empleado en los monumentos funerarios. Ciertos símbolos provenían de la naturaleza: la rosa ya era conocida por egipcios, griegos y romanos como la flor de los muertos; en algunas regiones de Europa central, los cementerios se llamaban incluso «rosaledas». La hoja de palma simboliza la victoria, el renacimiento y la inmortalidad y hace referencia a la resurrección y al Paraíso, pero como las plantas

de hoja perenne –como la hiedra– también simboliza la creencia en la inmortalidad. En la Antigüedad griega, la cepa y la vid se consideraban símbolos del renacimiento, señor de la muerte y de la renovación de toda vida. La amapola es un símbolo frecuente en las tumbas de los siglos XVIII y XIX y atestigua el cambio de actitud hacia la muerte, ya que las semillas de amapola simbolizan el sueño.

Además de la simbología, la decoración figurativa de las tumbas nos habla de la actitud hacia la muerte. Veremos con más detalle un ejemplo representativo que se ha convertido en un símbolo como pocos de la relación de la burguesía con la muerte en el siglo XIX: la figura de la doliente que, ya sea de pie, inclinada, sentada o acurrucada, se encuentra en muchas tumbas de familias burguesas.

La doliente, a menudo en bronce o mármol y también producida en serie como galvanoplastia hacia finales del siglo XIX, encarna el sentimiento cultivado socialmente del luto burgués, con su mirada abnegada y melancólica. En sus múltiples variantes de despedida o de transición, con el rostro vuelto hacia el retrato del esposo, con la mano extendida, colocando una corona o un ramo de flores, muestra la nueva y sublimada imagen de la muerte.

La doliente era una figura funeraria que nos habla de un modo particular sobre las relaciones emocionales y de género en la sociedad burguesa. Por un lado, al sentimiento de duelo se le daba la forma de una feminidad inespecífica y tipificada: dulzura y melancolía en ocasiones erotizadas (el momento en que la conexión entre el eros y la muerte alcanzaba su punto álgido en el período romántico). En los cementerios, la doliente encarnaba el papel social asignado a las mujeres en la relación con la muerte. A ella le correspondía la tarea del duelo. Pero aquel a quien iba dirigido ese *pathos* es siempre fácilmente identificable: el cabeza de familia, cuya fama y prestigio en cierto modo se materializan por última vez en la tumba, y cuyo retrato se mostraba idealmente en la misma tumba.

La «feminidad» se ha asociado durante siglos al duelo y el lamento por los muertos. En una época en la que la secularización avanzaba rápidamente y la fe cristiana



Imagen 3. La figura de la doliente.



Imagen 4. Panteones en el cementerio Nuestro Padre Jesús de Murcia.

parecía tener cada vez menos sentido, la confrontación con la muerte podía sublimarse mediante la imagen de la «mujer bella» (Götz, 2013).²

Los mausoleos supusieron el clímax y la conclusión del culto a la tumba de la época burguesa. En numerosas metrópolis europeas se construyeron mausoleos, especialmente en el período anterior a la Primera Guerra Mundial. Ocasionalmente se diseñaban en el cementerio espacios especiales de tipo paisajista para los mausoleos, dado que a menudo las moradas de los muertos servían como mirador hacia el paisaje sepulcral.

Los mausoleos de principios de siglo reflejaban las pretensiones de poder de las oligarquías urbanas. La alta burguesía, que había alcanzado riqueza, poder y prestigio



Imagen 5. Cementerio San Isidro, Madrid. Foto: Ingrid Reuter.

² Anna-Maria Götz (2013), *Die Trauernde...* contiene abundante literatura sobre la cultura europea de tumbas en el siglo XIX.



Imagen 6. Cementerio San Isidro, Madrid. Foto: Ingrid Reuter.

en el contexto histórico de la industrialización y la urbanización, buscó formas especiales de representación simbólica, que encontró en la noble tradición del mausoleo.

Esta función simbólica del mausoleo también se puede observar en España. La burguesía española había evolucionado socialmente de forma gradual durante el reinado de Isabel II. Durante el estable período de la Restauración, a partir de 1874, la burguesía no solo creó monumentales edificios privados y públicos en la capital, símbolos de autoafirmación: trataba más bien de demostrar su recién adquirida posición social más allá de la muerte. Cementerios como el de San Isidro, el primer cementerio privado de una hermandad, ubicado al suroeste de Madrid y fundado en 1811, ofrecían un marco adecuado y prestigioso para tal fin y se convirtieron en escenario de mausoleos de elaborada construcción. Además del enterramiento en los nichos de columnatas, a mediados del siglo XIX surgieron los mausoleos familiares, que se convirtieron en el medio preferido de representación social en el cementerio. El diseño de estos mausoleos creció en complejidad, y acabó conformando un muestrario de la historia de la arquitectura de la época, como ocurre con el ejemplo del cementerio de San Isidro de Madrid. Los cementerios arquitectónicos como éste eran la norma, especialmente en la región del sur de Europa y el Mediterráneo. A finales del siglo XIX contrastaban marcadamente con los cementerios-parque presentes en ciudades como París y Londres (Reuter & Fischer 2006).

5. LA ERA DE LA MECANIZACIÓN: LA INCINERACIÓN Y EL ENTIERRO DE LAS CENIZAS

A partir de finales del siglo XIX, la introducción de la cremación moderna transformó de nuevo los cementerios. Apareció en el contexto de la industrialización, la tec-

nificación y la urbanización. El entierro se aceleró por el proceso de cremación. El entierro de las cenizas redujo por un lado el espacio requerido en los cementerios y por otro permitió diversificar las posibilidades de entierro más allá del cementerio (Fischer, 2002).

La cremación moderna y la construcción de crematorios, introducidos en los países industrializados a finales del siglo XIX, representan el mayor punto de inflexión en la cultura funeraria de los últimos siglos. La transformación del cuerpo humano en cenizas –en lugar de la decadencia gradual en una fosa– rompió con tabúes de su tiempo. Para muchos contemporáneos la construcción de crematorios y la incineración supusieron una victoria del materialismo sobre la cultura funeraria cristiana burguesa.

La construcción de los primeros crematorios en gran parte de Europa y en Estados Unidos fue el resultado de los problemas de infraestructura e higiene que proliferaban entonces en las ciudades en expansión, y que estaban relacionados con la industrialización y el crecimiento de la población. La cremación se propagó como una solución higiénica y rentable a los problemas de espacio e higiene de los cementerios urbanos. El progreso tecnológico y la secularización de la sociedad tuvieron un efecto generalmente favorable. Además, existía una política de intereses profesionales, como en el caso de higienistas, médicos e ingenieros, que apoyaban la cremación.

En países católicos como España y Austria, la introducción de la cremación se retrasó debido a la influencia y el poder de la Iglesia Católica, que se había convertido en la principal opositora a la cremación. No sin razón, la Iglesia Católica asumía que la cremación iba asociada a una idea mecanicista-materialista del cuerpo, según la cual éste no era más que una combinación de componentes individuales. Según el punto de vista de la Iglesia, la cremación contradecía la doctrina de la resurrección corporal. Asimismo, desde su punto de vista, la cremación rompía con la tradición cristiana, que solo conocía la inhumación y además la exigía litúrgicamente.

El Vaticano decretó en 1886 la prohibición de la incineración, que se mantuvo en vigor hasta el Concilio Vaticano II. El Santo Oficio prohibió la participación de los sacristanes en la cremación, así como la administración de los últimos sacramentos a quienes desearan ser incinerados o que fueran miembros de asociaciones de servicios crematorios. El Vaticano no cambió de opinión hasta la década de 1960. El 5 de julio de 1963, el Santo Oficio permitió a los católicos elegir la cremación por principio. Esta instrucción secreta, enviada primero a los obispos, se dio a conocer el 24 de octubre de 1964 como consentimiento oficial a la cremación mediante su publicación en el boletín oficial del Vaticano.

6. FORMAS DE ENTIERRO DE LAS CENIZAS

Por regla general, las cenizas que quedaban después del proceso técnico de incineración en el crematorio se colocaban en urnas. El término «urna» procede del latín y designa en principio un recipiente abombado (como una olla o una jarra). A un nivel simbólico general, la urna encarna la idea de la materia purificada tras la descomposición, pero también remite a la idea de morada para los difuntos. Como sím-

bolo sepulcral, la urna, revalorizada por el clasicismo, había tenido un uso generalizado desde finales del siglo XVIII; su versión sobre zócalo adornaba sobre todo las tumbas. Y también se conocía su versión alegórica, con las figuras del genio, el ángel y la doliente inclinadas sobre la urna, dada la antigüedad de su tradición, no eclesiástica, sobre todo entre la burguesía ilustrada y secularizada.

En la incineración moderna, el término «urna» alude no solo al monumento funerario, sino también al recipiente cubierto que recibe las cenizas. Con la introducción de la cremación moderna, la urna recibió una doble función como lugar de enterramiento y monumento funerario: por un lado, servía como urna decorativa para el entierro de las cenizas en la superficie y, por otro, era también el lugar donde se custodiaban las cenizas.

El entierro de las cenizas tenía dos variantes fundamentalmente distintas que, con el paso del tiempo, se mezclaron parcialmente: por un lado las formas arquitectónicas del columbario (pared de urnas) o de la sala de las urnas, y, por otro, los campos de urnas situados al aire libre dentro del cementerio, así como los cementerios independientes para urnas. Tras la construcción de los primeros crematorios, los columbarios constituyeron inicialmente la variante más importante, siguiendo el modelo de la Roma imperial. En los columbarios de la cremación moderna hay que distinguir entre construcciones independientes, instalaciones o ampliaciones de crematorios o, como variante reduccionista del modelo, conjuntos independientes de urnas de pared en los cementerios. Las salas de urnas individuales se ofrecían si no había crematorios en funcionamiento en el lugar.

Con el tiempo, en Europa central prevaleció el entierro de cenizas en tumbas de las zonas disponibles del cementerio. Había tres variantes: la construcción de cementerios independientes para urnas, la instalación de los llamados campos de urnas en cementerios ya existentes y el enterramiento de las cenizas en tumbas individuales dispersas por los cementerios. En la época de los cementerios-parque y de los cementerios-bosque, los campos y los cementerios de urnas ofrecían, más que los columbarios, la posibilidad de introducir elementos de la naturaleza en el entierro de las cenizas.

En este sentido, la introducción de la cremación moderna trajo consigo una reforma fundamental de la cultura funeraria. En la época reformista de los años veinte, la urna cineraria se convirtió en modelo ejemplar de la tipificación y unificación de la cultura funeraria. Al mismo tiempo, se insinuaba ya el paso a los cementerios comunales de urnas y a los campos de urnas anónimos, prácticamente sin estelas individuales, que siguieron a la Segunda Guerra Mundial.

7. LA EXTRATERRITORIALIZACIÓN DEL ENTIERRO DESDE FINALES DEL SIGLO XX: LOS ENTIERROS NATURALES

Volvamos al presente: en la era posindustrial, caracterizada por su alta movilidad y fluctuación social, los lazos familiares y locales tradicionales han perdido importancia. Desde finales del siglo XX, los nuevos y particularizados entornos vitales han lle-

vado a una reorganización funcional de los espacios públicos. Esto también se aplica –aunque con cierto retraso– a la relación con los muertos. En consecuencia, a principios del siglo XXI, la cultura del entierro, la despedida y el recuerdo se transforma, genera nuevos espacios más allá del cementerio y a menudo no crea ya conexiones intergeneracionales, sino nuevas relaciones sociales más allá de la familia. En lugar de materializarse permanentemente en monumentos funerarios individuales, sus patrones resultan ser transitorios y a menudo originan lugares comunales, temporales o provisionales (Sörries, 2008, 46-154).

Estos cambios están estrechamente ligados al rápido aumento de la cantidad y la variedad de modalidades del entierro de las cenizas. En general, la ceniza se ha convertido en la base de prácticamente toda nueva variante de la cultura funeraria. Lo que marca la diferencia, si se compara con la inhumación del cuerpo, es la gran movilidad de la ceniza, que permite variantes de entierro flexibles y abre nuevos horizontes a la cultura del entierro. Las cenizas pueden trasladarse a casi cualquier lugar de entierro o conmemoración, o bien dividirse y generar diferentes lugares de entierro y conmemoración. Las cenizas se han convertido en el sello funerario de la sociedad móvil, puesto que su lugar de entierro ya no está necesariamente ligado al cementerio clásico. De este modo, se tiende a extraterritorializar la cultura del entierro y la conmemoración.

El cambio más significativo a principios del siglo XXI es la tendencia hacia el entierro natural. Su variante más conocida es el entierro orgánico en pleno bosque, en ocasiones conocido por su nombre comercial en el sector privado, como ocurre con *Friedwald* en Alemania. Se emplean árboles de bosques ya existentes, que se convierten en lugar de entierro y en lápida a la vez. En función del oferente y de las circunstancias locales, es posible colocar carteles conmemorativos personales como placas de identificación. Además, la zona de enterramiento en el bosque no debe ser reconocible como tal a primera vista, debe parecer lo más natural posible (Bauer, 2015).

El entierro orgánico en tanto que «entierro natural» es comparable a los *green burials* o «entierros verdes» británicos, conocidos desde hace mucho, en los que los entierros de ataúdes y cenizas se llevan a cabo en un bosque. Otras formas conocidas de entierro natural son el entierro fluvial y el entierro en la montaña, así como la dispersión de cenizas en la naturaleza.



Imagen 7. Bosque de entierros cerca de Buxtehude (Alemania).

En muchos países europeos, los entierros orgánicos bajo árboles, en praderas alpinas, montañas o ríos, entre otros, desempeñan un papel cada vez más importante. Con frecuencia, como ocurre en Gran Bretaña o en los Países Bajos, se autoriza la libre dispersión de cenizas en la naturaleza (también desde avión o globo). En otros países existen restricciones legales. En algunas zonas de Austria, por ejemplo, la ley permite la dispersión de cenizas en el Danubio desde 2007. Incluso otras formas de entierro natural conocidas desde antiguo, como el entierro en el mar, encuentran nuevos adeptos en este contexto (Fischer, 2019).



Imagen 8. Monumento de funerales marítimos en el Brodtener Ufer cerca de Lübeck-Travemünde en la orilla del Mar Báltico.

8. LA CULTURA DE LOS CEMENTERIOS HOY EN DÍA

Paralelamente, los cementerios clásicos van cambiando su apariencia. El aspecto más importante en esto es la reconfiguración de las viejas estructuras espaciales. La tumba familiar o individual, hasta ahora determinante como principio configurador, es reemplazada por ámbitos temáticos a imitación de la naturaleza y por instalaciones comunales que representan a grupos sociales, culturas o religiones concretas. Un ejemplo temprano es el llamado «Jardín de las Mujeres» del cementerio Hamburger-Ohlsdorfer, edificado en 2001. Varios paneles que detallan su historia y un monumento a las víctimas del nazismo forman también parte del atractivo complejo arquitectónico del jardín, cuya importancia se ve reforzada por su programación regular de actividades. Ciertos tipos de entierro natural, especialmente bajo los árboles, se practican ahora también en algunos cementerios clásicos siempre que el paisaje lo permita.

De este modo aparecen cada vez más paisajes funerarios insólitos en miniatura, sujetos a influencias de diseño muy diversas que, en su variopinto conjunto, dan a los cementerios una nueva apariencia. Estos ejemplos revelan una tendencia general en la cultura funeraria: ciertos grupos sociales cuentan con espacios especiales en los

cementerios dotados de una configuración especial a modo de «identidad corporativa», en los que se integra la tumba individual. En consecuencia, las instituciones sociales tradicionales (familia, barrio, Iglesia) pierden su importancia para el desarrollo de la cultura funeraria en la posmodernidad, y nuevos grupos con mayor libertad de elección tienden a reemplazarlas (Fischer, 2011 y 2013).

Tanto la creciente proporción de incineraciones como el aumento de los entierros fuera de los cementerios clásicos conducen a una reducción constante de la demanda de parcelas en los cementerios.

Otras tendencias indican una mayor diversificación de los espacios de los cementerios: se crean cementerios especiales o se da un nuevo uso a lo que hasta ahora eran zonas de enterramiento, en parte museístico y en parte como zonas de ocio. El cementerio de estilo convencional se convierte progresivamente en una instalación multifuncional. Los resultados de la diversificación del espacio del cementerio pueden apreciarse en el ejemplo del cementerio Assistens Kirkegård de Copenhague. Se asignó un uso diferenciado a varias zonas de este cementerio, que tiene aproximadamente veinte hectáreas, de modo que se aprecia un total de cuatro áreas funcionales diferentes: 1) área museística: una gran superficie con tumbas históricas de la parte más antigua del cementerio, construido en 1760, y de la capilla, que se conserva como un conjunto; 2) un «parque conmemorativo» (*mindepark*), que también alberga tumbas de importancia cultural e histórica y sirve a la vez como área recreativa; 3) un cementerio de barrio con superficie utilizable para entierros; y 4) un parque que sirve exclusivamente para el descanso y el ocio.

La reestructuración del cementerio también incluye la creación de espacios espirituales o de meditación. En este caso sirve de modelo el *Park der Ruhe und der Kraft* («parque de la paz y la fuerza») del Zentralfriedhof o cementerio central de Viena, creado en 1999 siguiendo criterios geománticos. Este complejo está dividido en cinco zonas paisajísticas diferentes que representan diferentes «lugares de poder», y cada una de ellas presenta objetos escultóricos. Debe servir a la contemplación y al recogimiento.

Por último, el cementerio desempeña actualmente un papel importante como espacio cultural pedagógico. Esto se aplica principalmente a la musealización de lápidas de importancia histórico-cultural. A día de hoy hay ya zonas museísticas en casi todos los cementerios grandes en las que se presentan y explican los monumentos funerarios históricos desde una nueva perspectiva. Gracias a ello, el público interesado puede echar la vista atrás a épocas pasadas de la cultura funeraria y conmemorativa, cuyos ideales en ocasiones siguen vigentes hoy día.

9. CONCLUSIÓN

La cultura del entierro y de la conmemoración a principios del siglo XXI está sujeta a los procesos generales de los cambios sociales y culturales característicos de la era posindustrial. Sus patrones son generalmente más individualistas y pluralistas que

los de la era burguesa. Por lo tanto, el cambio actual puede describirse como una particularización social, cultural y espacial que representa los patrones funerarios de esferas sociales transformadas: las estructuras sociales tradicionales cambian o se disuelven, los vínculos y los límites espaciales se diluyen. Estos avances pueden resumirse en conceptos clave como la flexibilización, la individualización y la extraterritorialización. En conjunto se puede hablar de una liberación de la cultura funeraria y de los cementerios. Asimismo, los cementerios históricos –en tanto que atesoran la historia cultural y social– reciben cada vez mayor protección. El «cementerio como paisaje de la memoria», con sus idiosincrasias locales y regionales, conforma un singular archivo histórico que merece la pena proteger.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauer, B. (2015). *Baumbestattungen in Deutschland: sozialwissenschaftliche Untersuchung einer alternativen Bestattungsform*. Hamburg.
- Bauer, P. (2006). *Deux siècles d'histoire au Père-Lachaise*. Versailles.
- Bauman, Z. (1992). *Mortality, Immortality and Other Life Strategies*. Cambridge: Polity.
- Fischer, N. (1994). *Tod, Unsterblichkeit und andere Lebensstrategien*. Frankfurt/Main.
- Biedermann, W. (1978). *Friedhofskultur in Wien im 19. Jahrhundert. Das Bestattungswesen vom Josefismus bis zur Gründerzeit*. Diss. Wien.
- Denk, C. & Ziesemer, J. (eds.). (2007). *Der bürgerliche Tod: Städtische Bestattungskultur von der Aufklärung bis zum frühen 20. Jahrhundert (Urban burial culture from the enlightenment to the early 20th century)*. Internationale Fachtagung des Deutschen Nationalkomitees von ICOMOS in Zusammenarbeit mit dem Bayerischen Nationalmuseum München, 11.-13. November 2005. Regensburg.
- Fischer, N. (1996). *Vom Gottesacker zum Krematorium. Eine Sozialgeschichte der Friedhöfe seit dem 18. Jahrhundert*. Köln, Weimar, Wien: Böhlau. 1996.
- Fischer, N. (2001). *Geschichte des Todes in der Neuzeit*. Erfurt: Sutton Verlag.
- Fischer, N. (2002). *Zwischen Trauer und Technik. Eine Kulturgeschichte*. Berlin.
- Fischer, N. (2011): Inszenierte Gedächtnislandschaften: Perspektiven neuer Bestattungs- und Erinnerungskultur im 21. Jahrhundert. <<http://www.aeternitas.de/inhalt/forschung>>.
- Fischer, N. (2013). *Neue Bestattungskultur. Tod, Trauer und Friedhof im Wandel*. e-book: Kindle Direct Publishing (KDP).
- Fischer, N. (2016). Gedächtnislandschaften in Geschichte und Gegenwart. Kulturwissenschaftliche Studien. Wiesbaden. 19-35.
- Fischer, N. (2019). Baumbestattungen und weitere Formen der Naturbestattung. En *Friedhöfe*. (e.p.).
- Götz, A. M. (2013). *Die Trauernde. Weibliche Grabplastik und bürgerliche Trauer um 1900*. Köln-Weimar-Wien.

- Gutkas, K. (1993). Die “Todtentruhe” in der Josephinischen Begräbnisreform. En *Vom Totenbaum zum Designersarg. Zur Kulturgeschichte des Sarges von der Antike bis zur Gegenwart*. Kassel. 75-76.
- Jüdische Friedhöfe und Bestattungskultur in Europa: Internationale Fachtagung*. (2011). Berlin-Weißensee, 3.-6. April 2011. Berlin.
- Koslowsky, C. (2001). *The Reformation of the Dead: Death and Ritual in early modern Germany, 1450-1700*. Basingstoke & New York: Macmillan-St.Martin's.
- Leisner, B. (2005). Ästhetisierung der Friedhöfe. Die amerikanische Parkfriedhofsbewegung und ihre Übernahme in Deutschland. En N. Fischer & M. Herzog (eds.), *Der Friedhof als Ort der Toten und der Lebenden*. Stuttgart. 59-78.
- Polley, R. (1984). Das Verhältnis der josephinischen Bestattungsreformen zu den französischen unter dem Ancien Régime und Napoleon I. En *Vom Kirchhof zum Friedhof. Hrsg. Arbeitsgemeinschaft Friedhof und Denkmal*. Kassel. 109-124.
- Ponte Chamorro, F. J. (1985). Aportación a la historia social de Madrid. La transformación de los enterramientos en el siglo XIX: la creación de los cementerios municipales y su problemática. *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 22. 483-496.
- Reuter I. & Fischer, N. (2006). Bürgerliche Nobilitierung durch sepulkralen Aristokratismus: Mausoleen auf dem Madrider Friedhof San Isidro. En: B. Borngässer, H. Karge & B. Klein (Hg.): *Grabkunst und Sepulkralkultur in Spanien und Portugal*. Frankfurt/M.-Madrid. 497-515.
- Sieber, D. (2018). *Der konfessionelle Gottesacker: katholische und protestantische Sepulkralkultur in den oberschwäbischen Reichsstädten in der Frühen Neuzeit*. Stuttgart.
- Sörries, R. (2008). *Alternative Bestattungen. Formen und Folgen. Ein Wegweiser*. Frankfurt/M.
- Sörries, R. (2009). *Ruhe sanft. Kulturgeschichte des Friedhofs*. Kevelaer: Butzon und Bercker Verlag.
- Veigl, H. (2006). *Der Friedhof zu St. Marx*. Wien.